

un recortado círculo amarillento que ciegan más aún en aquellas tinieblas perpetuas. Parecen aquellas luces movibles, ojos de seres espantosos y fantásticos.

Salimos de aquella asfixiante mina donde nuestros pies marchaban sin obstáculos ni peligros.

Ya íbamos á respirar. Nos erguimos. Aquella techumbre era mucho más alta.

—Estamos en Recoletos, es decir, en el camino que va á Recoletos. Si seguimos por ahí adelante saldremos bajo la Cibeles —nos dijo nuestro amabilísimo *cicerone*, el inspector D. Victoriano Carmona.

Teníamos que afianzar los pies en las desigualdades del suelo con gran fuerza, pero no era esto labor sencilla ni fácil. La corriente nos llevaba y cambiaba de sitio á cada momento.

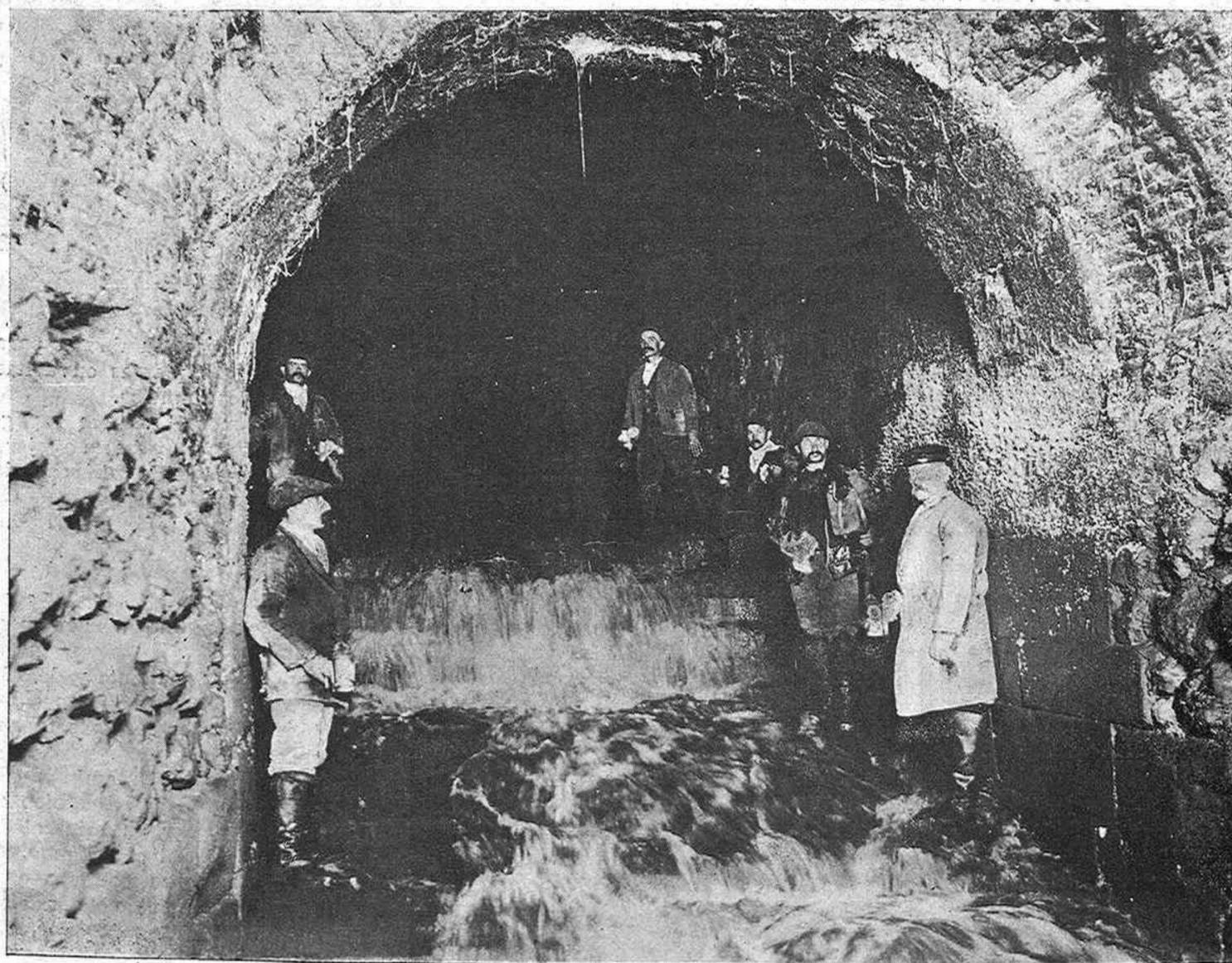
Un río ¡pero qué río!... empujábanos hacia atrás.

—¡Echen us és la «candila» al suelo!— nos gritaba uno de nuestros acompañantes para advertirnos que alumbrásemos el sitio donde íbamos á poner el pie. Pero las tenebrosidades de una noche repugnante y hedionda son preferibles á ver siquiera lo que permite el débil cono de luz que emana de la «candila» y rastrea por los turbios y atropellados remolinos.

—¡Echen ustés la luz al suelo!— nos repetían al notar un resbalón ó un hundimiento peligroso de los pies.
¡Echar la luz al suelo para ver aquello!...



En la bajada de la inspección.—Obreros disponiéndose á hacer servicio.



«Cascada» en el alcantarillón de Recoletos.